

**Jacques Dalarun**

**GOBERNAR ES SERVIR**  
Ensayo de democracia medieval

*De la religión de los débiles y de los esclavos surgió una civilización de un poder sin precedentes, cuya genialidad constante ha sido servir de contrapunto de las apariencias del poder.*

Marcel Gauchet.

*Este juego del gobierno de unos por los otros, del gobierno de todos los días, del gobierno pastoral, es lo que se ha reflexionado durante quince siglos como la ciencia por excelencia, el arte de todas las artes, el saber de todos los saberes.*

Michel Foucault

## Contenido

PREFACIO .....	7
I LA SERVIDORA SERVIDA.....	13
1 FULGOR .....	15
2 HERMANAS .....	25
3 ASÍ.....	37
4 CUERPO .....	61
6 INVERSIONES.....	69
7 PARADOJA .....	81
II LA INDIGNIDAD AL PODER .....	95
1 PREMISAS BENEDICTINAS .....	97
2 FONTEVRAUD.....	105
3 PARÁCLITO .....	119
4 GRANDMONT I: LOS HECHOS.....	131
5 GRANDMONT II: LAS HIPÓTESIS.....	137
6 PREDICADORES .....	153
7 MENORES I: ESCRITOS Y LEYENDAS.....	165
8 MENORES II: CRÓNICAS.....	177
9 MENORES III: INVERSIÓN DE <i>STATUS</i> .....	187
9 EXPERIENCIAS .....	199
III GOBIERNO MATERNAL.....	211
1 OPORTUNIDAD .....	213
2 PASTOREO.....	221
4 BILLETE DE FRANCISCO.....	241
5 MADRE.....	251
6 PALABRA POR PALABRA .....	261
7 CORRECCIÓN .....	273
8 UNIR.....	283
EPÍLOGO .....	295
BIBLIOGRAFÍA.....	305

## **PREFACIO**

Desde hace más de treinta años, me dedico a leer fuentes medievales: impresas o manuscritas, conocidas o inéditas, por lo general en latín, a veces en francés antiguo o italiano antiguo. Con el tiempo, he adquirido una idea de cómo funcionan.

El gran volumen de fuentes publicadas hace inútil cualquier intento de una lectura exhaustiva. En cuanto a las fuentes inéditas, la dificultad para descifrar escrituras antiguas inevitablemente ralentiza el camino. El velo que cubre las lenguas antiguas, por mucho esfuerzo que hagamos, nunca se levanta por completo en cuanto al sentido del texto. Sin embargo, de estas fuentes, no hojamos más que algunos restos.

A los problemas de la conservación se añade el foco de nuestros intereses. No sé cuál de estos dos términos es más aleatorio. El rigor de nuestra investigación viene de su método, no de sus temas. La lectura crítica de las fuentes, pasadas por la criba de las ciencias del conocimiento, es nuestra única garantía. Para decirlo con Paul Ricoeur:

No tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio, para acreditar la representación histórica del pasado.

En mi generación, todo aprendiz de ciencias humanas –y, además, un gran número de lectores cultivados y curiosos– ha leído a Michel Foucault. Con un poco de miedo, los que no tenían el pensar filosófico; y, todos, con un júbilo constante. Hemos conocido a Foucault más que lo que lo hemos citado. Por modestia, por rigidez disciplinaria, hemos guardado nuestros entusiasmos juveniles en otro cajón. A veces, por incapacidad de hacer frente a la complejidad de su trabajo.

De la obra de Michel Foucault, no conservo más que una idea simple. En la *Historia de la locura en la época clásica*, *Vigilar y castigar* y *Yo, Pierre Rivière*, a mí, como a muchos otros, me sedujo enormemente la paradoja que pretende que la centralidad de una sociedad se lea en sus exclusiones y en sus márgenes.

Por esta razón, mi lectura de las fuentes medievales comenzó por las *Vidas* de Santos ermitaños. Este pequeño pueblo de los bosques, amante de verdes desiertos, mostraba su marginalidad en la topografía misma de su existencia, distanciándose del mundo, cosa que, muy a menudo, suponía también una conducta singular.

Pero la Edad Media me parecía una paradoja en la paradoja. El loco, el prisionero, el asesino moderno están realmente al margen de la sociedad. *San Genet, comediante y mártir*, sigue siendo una excepción que se deriva de una doble subversión, el de Jean Genet y el de Jean-Paul Sartre. Los santos medievales –los verdaderos, aquellos cuyas vidas se hacen patentes en las Biografías, y no aquellos cuyas leyendas, por falta de información, sólo son ornamentos vacíos– multiplican las conductas

antisociales, pero ellas mismas constituyen su aureola, los consagran y, finalmente, los colocan en la cima.

He aquí una sociedad en que la brecha entre los poderosos y los humildes es abrupta, brecha siempre simbolizada por el enorme torreón que domina la choza campesina. He aquí una sociedad basada en la dominación, todavía visiblemente ligada a la fuerza física, al arte de matar o, al menos, de derrotar al oponente; una dominación que justifica los abusos de todo tipo. He aquí un tiempo en que el saber abre otra brecha, que parece insuperable, entre sabios y sencillos. He aquí un mundo de emperadores, reyes, príncipes, condes, caballeros; y en su rama clerical, surgida de las mismas raíces, con sus papas, cardenales, obispos, abades y canónigos, que no tienen nada que envidiar a sus hermanos laicos en cuanto a pompa y riquezas.

Pero todos, poderosos y humildes, doctos y simples, clérigos y laicos, pueden comulgar de pronto en torno a una misma devoción a alguien con pies descalzos que ha denunciado la violencia como un insulto a la creación, el poder como ceguera, el dinero como lepra, el saber como vanidad. Un santo no a pesar de eso, sino precisamente por eso.

Esta cuestión de la inversión de valores podría parecer anecdótica, puntual, y, por añadidura, obvia. Una fiesta de locos, locos por Cristo. Un paréntesis abierto, una válvula de escape, antes de que se desmorone otra vez el orden mundial. De hecho, esta cuestión es estructural. Caracteriza el milenio medieval, sin dejar de reproducirse según los vientos de reforma, de las oleadas de un retorno a la más estricta observancia de la vida religiosa, de los detalles de estas vidas santas, singulares y parecidas, con un ímpetu basado en un retorno a las fuentes, a la fuente: a la Escritura en general, y al Evangelio en particular. La

madera de la cruz es a la vez armazón y astilla clavada en las sociedades medievales.

En otras palabras: la Edad Media en Occidente evolucionó a la sombra de una religión dominante poco dotada para ser una ideología dominante, al menos en sus circunstancias políticas particulares. Lo que yo llamo la paradoja del Occidente medieval cristiano.

La promesa evangélica de que “los últimos serán los primeros y los primeros, últimos” no es, a priori, la más favorable para estabilizar el orden social. La verdad es que esta promesa tampoco le supone una amenaza, ya que aquella inversión de valores se refiere a la esperanza de la vida futura. Pero siembra confusión.

En el milenio medieval, más que malestar social o revoluciones políticas, hay reformas religiosas que se efectúan en nombre del Evangelio, hasta la Reforma protestante que va más allá de este período. Pero la inversión de los primeros y los últimos tuvo en la Edad Media una influencia decisiva en el modo de gobierno de las comunidades religiosas, en particular. Estas pretendían someterse absolutamente a los preceptos y a los consejos evangélicos, por medio de un control continuo de la vida de cada uno de sus miembros en todos sus aspectos, desde el hábito a los pensamientos, pasando por los más insignificantes detalles del comportamiento.

Mi hipótesis es que las comunidades religiosas medievales han servido como un laboratorio para el desarrollo de la moderna “gubernamentalidad” –donde reencuentro el hilo de mis lecturas de Foucault–: no se trata de una soberanía ejercida sobre un territorio, sino del arte de gobernar hombres, que más que dominarlos los envuelve.

Este libro no parte tanto de una pregunta, sino más bien de un estado de estupor, una sorpresa de la que nunca me he librado, ante una Edad Media que todo lo trastoca: ¿cómo una sociedad de orden, y de órdenes, en singular y en plural, en las múltiples acepciones del término *ordo*, ha podido basarse en una moral del cambio y, a partir de ella, inventar un nuevo arte de gobernar?

En un tema tan vasto, tan impreciso, tan omnipresente y tan delicado para ser identificado con ideas claras y palabras adecuadas, que no pretendo hacer un trabajo de síntesis. Pasando por alto este paso razonable, mi intención oscila entre la lectura de las fuentes y el ensayo. Tres partes componen este libro: la primera está centrada en un pequeño episodio en la vida de Clara de Asís; la segunda recorre una colección de experiencias religiosas institucionales de los siglos XII y XIII; la tercera descifra un billete autógrafo de Francisco de Asís: yo me permito “rumiar” obstinadamente las fuentes para recopilar a toda prisa, a modo de ensayo, las ideas que me inspiran.

Si el ensayo no está bien compuesto, nos quedan las fuentes. Éstas no han perdido nada de su frescura.